

El profesor católico del siglo XXI*

1. La crisis del siglo XX

Los dos últimos siglos de este segundo milenio, que finaliza, han sido de grandes cambios, que se han dado en todos los ámbitos de la cultura y de la vida humana, y que se extienden por todas partes. Gracias sobre todo al progreso de las ciencias y de la técnica, el hombre ha ampliado extraordinariamente su *poder*. Tiene a su disposición muchas más riquezas, mayor poder económico y se incrementan continuamente los conocimientos en las distintas ramas del saber, lo que le permite no sólo conocer y utilizar la naturaleza física sino también su misma *intimidad espiritual*, tomando mayor conciencia de su libertad, y de las leyes de la *vida social*.¹

Todos estos y otros logros, que derivan de la ciencia, han hecho que el hombre, confiado con exceso en ellos, haya creído que se basta a sí mismo. Debido al método limitado de las ciencias empírico-experimentales, que no es apto para llegar a lo más profundo de las cosas, a su esencia y causas últimas, se ha quedado en lo superficial o en lo fenoménico, profesando el agnosticismo sobre todo lo que está más allá del hombre mismo.²

Como consecuencia de esta actitud antropocéntrica, han ido apareciendo en la actualidad una serie de “mentalidades”, tal como les denomina el *Nuevo Catecismo*. Entre ellas, que: “Lo verdadero sería solo aquello que se puede *verificar* por la razón y la ciencia (...); es valioso aquello que produce y da *rendimiento* (...); el *sensualismo* y el *comfort* adoptados como criterios de verdad, de bien y de belleza”.³

Con la sustitución de la verdad por la verificación, la bondad, por la utilidad, y la belleza, por la sensualidad, y, podría añadirse, de la unidad, posibilitadora

* Conferencia central pronunciada en el *Encuentro de Profesores Cristianos: Hacia el siglo XXI* [Seminario Metropolitano de Moncada (Valencia), 7 de junio de 1997], convocado por el Sr. Arzobispo D. Agustín García-Gasco y dirigido por D. José Luis Sánchez, Presidente de la Comisión de Enseñanza y Educación Católica del Arzobispado de Valencia.

1. Cf. *Gaudium et spes*, Exp. Prel., 4.

2. *Ibid.*, II, 57.

3. *Catecismo*, n. 2727.

de toda multiplicidad, por la fragmentariedad, discontinuidad, localismo y disenso postmodernos, la cultura actual no puede cumplir adecuadamente su función esencial de promocionar al hombre. La cultura ya no le ayuda en su desarrollo en orden a su perfección ni en alcanzar así la felicidad.

En este final de siglo, ante ésta y otras muchas incongruencias y paradojas, ya no se confía en liberar al hombre de todo mal, por la fuerza buena y redentora de algún elemento humano –la razón, la filosofía, la ciencia, la técnica, el arte, los sentimientos, la sociedad, el estado, etc. y hasta la misma historia–, como en siglos anteriores. El hombre, autor de esta cultura, desconfía de ella. El actual movimiento postmoderno sería la expresión filosófica de esta actitud desesperada. Se tiene una visión del mundo y de la historia en la que no hay lugar para la salvación o redención.

Esta grave y profunda crisis, originada en el olvido de los conceptos trascendentales o de valores, y que contribuye al fomento del *hedonismo* y el *consumismo* de la sociedad actual, afecta a toda la cultura. Gracias a ella se han producido grandes transformaciones en todos los ordenes de la vida humana. Sin embargo, hoy en día, el hombre, autor de esta cultura, la interpela, porque no parece que le haya hecho más maduro humanamente –más consciente de su dignidad personal, más abierto a los demás, y más responsable– y que su vida sea más humana en su totalidad.

La clara conciencia de esta decadencia de nuestro mundo occidental, se advierte en hecho de que el hombre de los siglos pasados se consideraba a sí mismo, como perteneciente a la civilización, que era heredera del “mundo civilizado” helénico y romano; en cambio, el actual hombre occidental *relativiza* su propio mundo. Paradójicamente lo hace en unos momentos, en que toda la cultura occidental está presente en la vida del planeta en todos sus ámbitos. Podría decirse que el mundo occidental se ha extendido por todos los países y culturas. Toda la política, el derecho, la economía, la ciencia, la técnica, la industria, la filosofía, la música, e incluso el deporte, son occidentales.

El patrimonio de la razón humana, –cuyo cultivo se heredó del pensamiento clásico, y de la fe en la revelación divina, que pasó desde Israel–, que siempre se había considerado perennemente válido y fructificante, es en estos momentos relativizado. Esta crisis de su carácter absoluto y eterno transmite, con la imposición incondicional de nuestra civilización a todo el mundo, la primacía de la técnica y la economía.⁴

Ante esta situación parece que hoy es más necesario que nunca reflexionar sobre el papel del profesor en este mundo en crisis, dada que su misión siempre ha sido educar al hombre por medio la cultura. También es preciso meditar lo que supone el ser un profesor católico. En este largo túnel del siglo xx, la Iglesia es un horizonte de esperanza, porque comprende al hombre y sus problemas. El cristianismo tiene una respuesta a la crisis, porque como dice el Concilio Vaticano II: “En realidad el misterio del hombre solo se esclarece con

4. Cf. FRANCISCO CANALS VIDAL, “Comunión eclesial con Roma y solidaridad cristiana europea fruto de una evangelización benedictina de siglos”, en *Cristiandad* (Barcelona), XXXIII/ 598-599 (1981), pp. 56-64.

el misterio del Verbo encarnado".⁵ Por lo mismo, Juan Pablo II indicó, al inicio de su Pontificado, que: "el hombre es el camino de la Iglesia".⁶

2. *El profesor*

Para una mayor comprensión de lo que es el profesor católico y de su papel en el tercer milenio, hay que examinar, en primer lugar, el concepto de profesor. Según el Diccionario de la Real Academia Española, "profesor" es la: "Persona que ejerce o enseña una ciencia o arte"⁷. En este sentido se llama profesor al músico ejecutante en una orquesta o en otro conjunto. Sin embargo, hoy en día, se utiliza la palabra "profesor" para designar a la persona que "profesionalmente se dedica a la enseñanza y más expresamente a la enseñanza de algún campo cultural determinado".⁸

En la actualidad, el término enseñanza -que proviene del latín "insignare", señalar- es utilizado con varios significados. Desde el de los sistemas organizados, que proporcionan una determinada formación (enseñanza elemental, media, superior, universitaria, etc), hasta el de las disciplinas, que integran estos estudios, o las doctrinas que contienen. Sin embargo, el más propio es el primero, el relacionado con el de educación. Podría decirse que la *enseñanza*, en cuanto acción y efecto de enseñar o señalar un contenido digno de comunicarse y aprenderse,⁹ forma parte de la *educación*, aunque ésta última es más amplia y completa.

En nuestro lenguaje corriente el término "educación" se utiliza en el sentido de urbanidad o cortesía. Es una acepción restringida, pero que alude a unas cualidades adquiridas, valiosas para el individuo y para la sociedad. En cambio, etimológicamente deriva de las palabras latinas "educare" y "educere", que significan conducir y extraer respectivamente.

Ambos sentidos son muy útiles, para comprender su significado esencial. El primero manifiesta el sentido activo y dinámico de la educación. El segundo, el estático, es decir, el resultado, que se ha logrado desarrollando las potencialidades del sujeto. Todos estos sentidos revelan el atributo esencial de la esencia de la educación: *la ayuda que una persona presta a otra para que se perfeccione*. De ahí que la educación sea un tipo de comunicación, que no sólo es *personal*, en cuanto establece una relación singular y profunda entre el educador y educando, sino también *trascendente*, en cuanto que ambos participan de la verdad, del bien y de la unidad.

El profesor no puede ser un mero enseñante, un docente, sino que debe ser también un educador, aunque, según el nivel educativo, en distinta medida. A veces "educación" se utiliza como sinónimo de "formación", por tanto, con el

5. *Gaudium et spes*, I, 22

6. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, 14.

7. *Diccionario de la Lengua Española*, "Real Academia Española de la Lengua", Madrid, 1970, 19ª ed., p. 1070.

8. VV. AA., *Glosario de Educación personalizada*, en VÍCTOR GARCÍA HOZ (Dir.), *Tratado de educación personalizada*, Madrid, Rialp, 1997, v. 33, p. 222.

9. Cf. E. FORMENT, *El ser personal, fundamento de la educación*, en VÍCTOR GARCÍA HOZ, *Tratado de educación personalizada*, op. cit., v. II, pp. 51-95, pp. 71-72

significado de las acciones encaminadas a ayudar al *desarrollo* de todas las facultades humanas –físicas, intelectuales y morales–. Sin embargo, ambos términos no son totalmente equivalentes. “Educación” se refiere a todas las facultades, e incluso a su sujeto, toda la persona humana. En cambio, “formación”, sin significar sólo la mera instrucción o adiestramiento, restringe el ámbito de la educación a una facultad, o a un determinado aspecto, cualidad o contenido, propios de la persona. Así, se habla de formación científica, cultural, profesional, religiosa, social, tecnológica, ética, humana, de la persona, de su voluntad, universitaria, de profesores, de directivos, de padres, académica, permanente, etc. El campo de la formación es siempre una parte del sujeto o de la cultura, y el de la educación, la persona y toda la cultura.

Cierto que a veces se habla de educación en este sentido de formación, pero entonces se utiliza en expresiones compuestas, en las que “educación” hace de sustantivo y el otro término que la restringe de adjetivo. Así se habla de educación intelectual, educación moral, educación física, etc., para referirse a la formación de las potencias del hombre, o bien de educación familiar, educación ambiental, educación institucionalizada, etc, para referirse a un sólo ámbito en donde se realiza. El término educación se refiere a todo la persona e incluso en todo su desarrollo temporal.

3. *La crisis de la educación*

El profesor es la persona que educa a otras personas. Actividad, que, por su carácter personal y trascendente más que una profesión es más bien una vocación. Sin embargo, el siglo xx nos deja amenazada gravemente la educación en general, y con ella la enseñanza, y sobre todo la vocación educativa, por su crisis profunda y extensiva, y que se manifiesta en la crisis de la verdad, y en la de los conceptos relacionados con el bien, como “amor”, “libertad”, “virtud” y “bien”, y en la de los que implican un sentido unitario como “hombre”, “persona”, “familia” “trascendencia” y “absoluto”, entre otros.

Se hace muy difícil, desde esta crisis de los conceptos generales y básicos, transmitir la verdad y fomentar su búsqueda, más aún enseñar a vivir conforme al bien, el mover a alcanzarlo y a difundirlo y hasta parece imposible evitar la dispersión y la pluralidad no basada en la unidad, no recogida en una síntesis unitaria. Esta pérdida, en este milenio que se acaba, de la unidad, de la verdad y del bien, y de la belleza que revelan, dificulta no sólo su presentación sino también el vivir una vida personal, porque sin verdad ni bondad no es posible ni el pensamiento, ni el amor, ni la libertad, que la constituyen en cuanto tal.

La crisis de estos conceptos trascendentales entorpece, por tanto, la educación, destinada a ayudar a la persona. Sin ellos, imperan unas visiones falseadas de la vida, como el materialismo, el relativismo ético, el escepticismo y el utilitarismo, que son el peligro para la educación de la persona humana. Todos ellos llevan a que las personas se usen como si fueran cosas, a que se ponga la felicidad en el el disfrute desenfrenado de las cosas materiales, que se entienda la libertad como la posibilidad incontrolada de alcanzar el bienestar egoísta, y que con ella se intenté conseguir la autonomía absoluta, la autoafirmación de sí mismo y generalmente en contra de los demás.

Sin embargo, para poder llevar a cabo las posibilidades de su personalidad, o cumplir el imperativo de Píndaro "llega a ser el que eres", el hombre necesita de la actividad educativa. En esta ayuda al desarrollo pleno de cada persona, tiene un papel destacadísimo el elemento cultural, porque toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura. La promoción humana es cultural. Para la ordenación de su propia vida necesita de la cultura, o de todo aquello que permite desarrollar y perfeccionar las cualidades del hombre, sean del tipo que sean. No hay vida humana sin cultura. La persona no consigue un nivel verdadera y plenamente humano sino por la cultura, es decir, ordenando y cultivando sus aptitudes naturales.

Además: "Por su condición de persona, el hombre –todos, pero cada uno– tiene derecho a ser educado".¹⁰ Esta misión por naturaleza la realiza la familia, que es en donde nacen y viven las personas. Los padres realiza también otras funciones, como las nutritivas y las de los cuidados físicos de sus miembros.¹¹ En cambio, el profesorado tiene una función exclusivamente educativa. Ambos colaboran en la educación y de un modo necesario, porque la misma persona es hijo en la familia y alumno en el centro educativo. El papel de estos va a ser más decisivo, como lo ha sido en estos últimos siglos, en razón de que el trabajo de los padres es fuera del hogar. El profesorado en el futuro todavía será más necesario para la educación humana.

Puede contribuir decisivamente a la superación de los obstáculos de la labor educativa educativa, que se revela como imprescindible para el próximo milenio, el tener siempre muy en cuenta la tesis personalista de Santo Tomás de que: "Todas las ciencias y las artes se ordenan a una sola cosa, a la perfección del hombre, que es su felicidad"¹². Únicamente a las personas, a cada una de ellas en su concreción y singularidad, tal como significa el término persona, se subordinan todas las ciencias, teóricas y prácticas, las técnicas, las bellas artes, toda la cultura y todas sus realizaciones, en definitiva. Siempre y todas están al servicio de la persona humana. A la felicidad de las personas, a su plenitud de bien, es aquello a lo que deben estar dirigidos todos los conocimientos científicos, sean del orden que sean, e igualmente la misma tecnología, y todo lo que hace el hombre.

La primacía de la persona se da no sólo en el orden natural, sino también en el cultural o humano. Si las más geniales creaciones culturales, científico-técnicas, artísticas, o de cualquier otro tipo, no tendiesen a la perfección –especulativa, moral, estética, o de otra dimensión–, al bien, de las personas en su singularidad, que son solamente las que pueden ser felices, carecerían de todo sentido y por tanto de interés alguno. Todas son siempre relativas a la persona. No hay nada, en este mundo, que sea un absoluto, todo esta siempre referido a la felicidad de las personas, el único *absoluto* en el orden creado.

Es necesario recuperar el estudio de la teoría y de la realización práctica de una educación de y para la persona, de una educación cuyo fin último sea cada

10. CARLOS CARDONA, *Ética del quehacer educativo*, Madrid, Rialp, 1990, p. 37.

11. E. FORMENT, Familia y libertad, en JUAN CRUZ (Ed.), *Metafísica de la familia*, Pamplona, EUNSA, 1995, pp. 177-205.

12. SANTO TOMAS, *In Metaphys*, Proem.

una de las personas y su propia perfección. Además, tal educación dedicada a la persona y a su plenitud como tal, y por tanto, a su felicidad, que es la cara subjetiva de lo perfecto o acabado, es la que se corresponde o merece la persona humana.

4. Atención a la persona

Esta tesis de Santo Tomás se explica por esta otra, también fundamental en su antropología personalista: "Persona significa lo más perfecto que hay en toda la naturaleza".¹³ Explica el Aquinate que, por expresar directamente el ser, en la noción de persona se alude al máximo nivel de perfección, dignidad, nobleza y perfectividad, muy superior a la de su naturaleza. Tanto por esta última como por su persona, el hombre posee perfecciones, pero su mayor perfección y la más básica es la que le confiere su ser personal. La persona indica lo más digno y lo *más perfecto* del mundo.

La persona significa inmediatamente la perfección suprema, básica y fundamental, y no genérica: el ser participado de un modo máximo por la naturaleza. Con la palabra "persona", ésta no es significada directamente, tal como, sin embargo, ocurre en todos los demás nombres, que lo son de naturalezas o de algo perteneciente a ellas. De este modo expresa también lo que posee "más" ser. De ahí que lo más unitario, lo más verdadero y lo más bueno sea la persona.

Todo ello debe entenderse de cada una de las personas, de cada individuo personal, porque el término persona también significa directamente lo *individual*, lo propio y singular de cada hombre. El término persona significa *directamente el ser personal propio* de cada hombre, su estrato más profundo, que no cambia en el transcurso de cada vida humana. La persona nombra aquella realidad, que cada uno de nosotros nombramos con la palabra "yo", que permanece a través del tiempo y las distintas edades de la vida. Esta identidad consigo mismo permanece constante en todos los múltiples cambios de la naturaleza individual humana, corpóreos y psíquicos y precisamente como sujeto o soporte y hasta principio de todo el devenir de la vida humana.

Por su ser, que le confiere esta especial singularidad, que implica la autoposesión intelectual y volitiva, puede decirse que la persona es lo más *singular* y *concreto*. De ahí que, a diferencia de los otros individuos no es intercambiable. La persona es un individuo único, irrepetible e insustituible.¹⁴

Como todo lo individual la persona es inefable, ininteligible de manera directa. Podría decirse que, por su suprema singularidad, es lo más complejo y misterioso. Como consecuencia la educación no debe limitarse en los esquemas de la ciencia objetiva y sus aplicaciones técnicas. Por ser comunicación personal, la educación ha de llegar a esa realidad honda y profunda de la persona.¹⁵

13. Idem, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3, in c.

14. Véase: E. FORMENT, *La persona humana*, en ABELARDO LOBATO (Ed.), *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, vol. I, A. LOBATO, A. SEGURA, E. FORMENT, *El hombre en cuerpo y alma*, México-Bogotá-Valencia, EDICEP, 1994, pp. 685-954.

15. Cf. E. FORMENT, *Fundamentos filosóficos de la enseñanza de la filosofía*, en VÍCTOR GARCÍA Hoz (Dir.), *Tratado de educación personalizada*, op. cit., 1996, v. 27, pp. 19-124.

La ayuda que el profesor debe proporcionar a cada persona para que logre su perfeccionamiento debe concretarse en la adquisición de conocimientos, el desarrollo de aptitudes y la promoción de su querer. Con respecto a lo primero, hay que destacar la necesidad de fomentar el *sentido crítico*. Ante la actual imposición de opiniones pasajeras, sujetas a los vaivenes de la moda, la adquisición de sentido crítico, tiene una importancia extraordinaria, ya que permite discernir lo verdadero de lo falso y llegar a la certeza. No hay que olvidar que la verdad, siempre y en cualquier grado es un bien, que perfecciona a la persona humana.

Hay que enseñar a situar al sentido crítico en el amplio marco referencial del sentido común. No puede concebirse el saber, como un conjunto de conocimientos separados del recto saber espontáneo y de los afanes ordinarios de la vida diaria. El saber, y la cultura en general, no pueden representar una ruptura con el sentido común, la inteligencia espontánea de la persona; tampoco, una especie de salto cualitativo respecto a la razón natural; sino que son su perfeccionamiento gradual. El saber es el mismo conocimiento humano en un grado más profundo y cultivado.

No es posible abandonar nunca el entendimiento en su funcionamiento natural y espontáneo. El saber es una tarea naturalmente humana y, por ello, si sus tesis son contrarias a los principios de la recta razón natural no pueden aceptarse. El último tribunal apelable es el del sentido común y en sus dictámenes debe estar arraigado el sentido crítico del hombre.

En *segundo lugar*, deben fomentarse las *aptitudes personales* de cada alumno. La aptitud se puede definir como la: "Capacidad para realizar una tarea concreta o para alcanzar un fin particular".¹⁶ Las aptitudes, –que es habitual ordenarlas en seis grandes géneros: perceptivas, reflexivas, creativas, retentivas, de expresión simbólica (verbal y no verbal) y de expresión práctica (técnica y moral)– constituyen el ámbito práctico de la educación.¹⁷ Tienen, por tanto, una relación directa con el mundo del trabajo y de la formación profesional.

La profesión es una actividad, realizada por una persona según sus aptitudes, y que tiene, además del beneficio individual y de la obtención de los medios necesarios para la digna subsistencia, una finalidad social, porque las aptitudes, que constituyen su base, se ponen al servicio de los demás. Toda profesión exige unas determinadas aptitudes, que han sido *adquiridas* y, por tanto, se han aprendido, son el fruto de una formación. Sin embargo, estas aptitudes aprendidas tienen como fundamento unas *inclinaciones naturales propias*. De ahí que la profesión acostumbre a ser estable. Se puede cambiar de profesión, porque siempre se posee la libertad para elegirla, pero generalmente la profesión es siempre vitalicia, o, por lo menos, tiene una cierta estabilidad.

Las inclinaciones naturales, que la educación debe ayudar a conocer, son un elemento esencial y original de todas las aptitudes de la persona. La naturaleza nada hace en vano y si una persona que se está formando siente inclinación

16. VÍCTOR GARCÍA HOZ, *Introducción general a una pedagogía de la persona*, en Idem, *Tratado de educación personalizada*, op. cit., 1988, v. I., p. 149.

17. Cf. E. FORMENT, *Formación general del universitario*, en VÍCTOR GARCÍA HOZ (Dir.), *Tratado de educación personalizada*, op. cit., 1991, v. 27, pp. 155- 202,

hacia una determinada actividad, podrá entonces adquirir las aptitudes necesarias para realizarla. La gran *diversidad formal* de las inclinaciones humanas permite que se puedan conseguir la mayor *diversidad material* de aptitudes, que varían según las circunstancias culturales e históricas.

La enorme multiplicidad de inclinaciones, y todavía mayor de aptitudes, son una gran utilidad social. Gracias a ellas es posible la vida humana, ya que, como indica Santo Tomás: "Dado que hay muchas cosas necesarias para la vida del hombre, que uno no puede obtener por sí mismo, es preciso que las cosas diversas sean hechas por distintos hombres, por ejemplo, que unos sean agricultores, otros pastores, otros constructores y así en otros casos".¹⁸

No sólo es un bien objetivo para cada alumno el que se le enseñe a realizar actos, a obrar o trabajar de acuerdo con lo que exige su naturaleza individual, sino también como bien para los demás.¹⁹ A estos bienes le sobrevendrá otro subjetivo: la complacencia. En esta satisfacción coinciden todas las actividades humanas, que difieren por su objeto.²⁰

Tanto en la educación como en la actividad profesional, la persona debe lograr la revigorización de sus aptitudes operativas. A ello debe dirigirse toda educación. Si se consigue esta finalidad esencial de la tarea educativa, se alcanza que la persona logre el incremento de su felicidad. Para mantener esta "alegría de vivir",²¹ también es necesario atender igualmente a la convivencia, que muchas veces se deja que transcurra por su cauce espontáneo. La persona humana encuentra el sentido de su vida y la consiguiente satisfacción en la actividad, tanto teórica como práctica, y en la compañía. La finalidad educativa no puede olvidar ninguno de estos caminos estrechamente ligados.

Todo ello debe permitir, en último término, que el alumno formule su propio proyecto personal de vida. En esta vida personal debe haber lugar para la vida interior y para la vida de relación en los ámbitos de la familia, del trabajo y de la vida social. Si la educación cultiva todos las vertientes de la vida personal, debe proporcionar la capacitación para hacer el bien en todos los ámbitos, lo que siempre proporciona felicidad y alegría.

En *tercer lugar*, hay que educar *en y para la libertad*. Para llegar a la plena perfección, con la que conseguirá la felicidad, el hombre esta dotado de libertad. Puede decirse que la libertad o libre albedrío es el poder, radicado en la razón y más inmediatamente en la voluntad, de hacer o de no hacer, de hacer esto o aquello. Por ella, cada hombre ejerce el dominio de sus obras, dispone de sí mismo, se autoposee por su voluntad o se autodetermina. Es, por tanto,

18. SANTO TOMÁS, *Summa Theol.*, II-II, q. 183, a. 3, ad 1.

19. Como ha indicado ABELARDO LOBATO, la educación: "Admite varios polos de referencia: vista desde el mismo maestro, su función es la de *auxiliar del alumno*; vista desde el sujeto en quien recae, es la *promoción de las virtudes*; vista desde la sociedad en la cual se encuentran maestro y discípulos, es la *formación de profesionales*" (ABELARDO LOBATO, *Santo Tomás de Aquino, arquitecto de la vida universitaria. El profesor ideal en la paideia tomista*. Lección magistral en la celebración de la festividad de Santo Tomás de Aquino, Universidad San Pablo CEU, Madrid, 1996, p. 42).

20. Cf. VÍCTOR GARCÍA HOZ, *Del fin a los objetivos de la educación personalizada*, en Idem, *Tratado de educación personalizada*, op. cit., 1989, v. III, p. 26.

21. Ibid., pp. 27-28.

un medio de perfección en la verdad y en la bondad, aunque frecuentemente se la malentende como la pura licencia para hacer cualquier cosa, sea buena o mala.

La elección es el acto que constituye o acompaña a la libertad. En el hombre, la elección constituye todos sus tipos de libertad. Por ella, tiene la posibilidad de hacer lo adecuado o no hacerlo. Este modo de posibilidad lo es, por una parte, respecto a los medios para conseguir un fin. En relación a los fines verdad y bondad, no se posee este libre albedrío, porque se quieren de un modo *natural y necesario*. Aunque, por otra parte, en su concreción o determinación tiene que haber elección. La libertad humana implica, por tanto, la posibilidad de elegir entre el bien y el mal, tanto en el orden de los fines como en el de los medios y, por tanto, de crecer en perfección o de perderla.

La libertad es esencialmente *querer el bien*, y su perfección es quererlo sin posibilidad de apartarse de él, quererlo de modo necesario. La libertad humana es libertad, pero limitada. El libre albedrío humano conlleva imperfección, que no está en su libertad, sino en su limitación, que comporta el poder elegir el mal. La libertad perfecta implica elección pero siempre entre bienes. Como decía Santo Tomás: "Querer el mal no es libertad, ni parte de la libertad, sino un cierto signo de ella".²²

Si el hombre hace el mal, no obra, en sentido propio, con libertad. La elección del mal es un desorden de la libertad y conduce a su pérdida. Incluso cuando elige el mal, busca el bien. En la mala elección, el mal es visto como un bien, aunque sólo sea aparente o parcial. Sin embargo, en este caso se obra contra la libertad. En cambio, con la buena elección, el hombre se va haciendo más libre.²³ La enseñanza de la ética tiene este objetivo de liberación del mal y de alcanzar la plenitud de la libertad.²⁴

Por último, en *cuarto lugar*, debe enseñarse a *amar* o amar bien. Si amar es querer el bien para alguien, tal como lo definió Aristóteles, el amor es esencial en el acto educativo. No sólo en cuanto que la ayuda que implica revela amor de donación, sino porque el sentido más profundo de la vida personal, que se intenta promocionar, es amar.

La misma sabiduría consiste en saber amar. Se ha dicho que: "La experiencia de todo conocimiento científico es en realidad una experiencia amorosa. *Amar el saber* es también, en un sentido profundo, *saber amar*".²⁵ El hombre tiene que saber amar el mundo, sobre todo al mundo de las personas, con su historia y sus sentimientos.

22. SANTO TOMÁS, *Quaestiones Disputatae de veritate*, q. 22, a. 6, in c.

23. E. FORMENT, *Essere, persona e libertà*, en AA. VV. *Le dimensioni della libertà nel dibattito scientifico e filosofico*, Roma, Armando Editore, 1995, pp. 89-110

24. Cf. JACQUES MARTAIN, *La educación en este momento crucial*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1981, pp. 21 y ss. El desarrollo de la perfección humana Santo Tomás lo caracteriza como: "Educación y promoción del sujeto humano hasta el estado perfecto que es el de la virtud" (SANTO TOMÁS, In IV Sent., d. 26, q. 1, a. 1, in c). Véase: ABELARDO LOBATO, *Santo Tomás de Aquino, arquitecto de la vida universitaria. El profesor ideal en la paideia tomista*. Lección magistral en la celebración de la festividad de Santo Tomás de Aquino, op. cit.

25. ANDRÉS JIMÉNEZ ABAD, *Persona, amor y libertad*, en VÍCTOR GARCÍA HOZ (Dir.), *Tratado de educación personalizada*, op. cit., 1991, v. 26, pp. 277-337, p. 313.

Para entender profundamente la realidad es preciso amarla. “Saber mirar es saber amar”. Como indicaba el filósofo valenciano Juan Luis Vives, hay que insistir en la importancia de las cosas buenas y bellas de la vida cotidiana, desde los primeros rayos de la salida del sol hasta la amistad con las personas, que se tienen alrededor. Hay que saber mirar el mundo, sobre todo al mundo de las personas, con su historia y sus sentimientos. Es un mundo que hay que saber amarlo, porque se mira o se ve en su interior. Incluso se ha definido a la persona como el único ser que es capaz de ser sujeto y objeto de amor auténtico, de amor de donación.²⁶

La naturaleza del amor explica porque la persona en ninguna de sus etapas de la vida está hecha para la soledad, ya que ésta se supera siempre con el amor. Se dan ya estas situaciones en la misma infancia. Hay que enseñar al hombre a entender y vivir el amor; a descubrir que no es únicamente una aspiración a ser comprendido, apreciado, acogido y, por tanto, a ser amado, sino también necesariamente a dar; a impartir amor. El amor en su plenitud es donación. El amor personal es uno de los requisitos esenciales de la educación.²⁷

En nuestra época es más necesario que nunca el cumplimiento de esta finalidad de la educación. Teniendo presente el olvido actual del auténtico amor; se ha escrito: “Si la tierra pudiese llorar, lloraría por el destierro del hombre”. La educación para el amor se revela como necesaria, porque el hombre necesita del amor para su desarrollo en todos los sentidos. Por ello, a la educación: “Le importa el amor porque le importa el hombre, porque sabe que el amor es fuerza creadora y constructiva del ser humano”.²⁸

5. *El personalismo cristiano*

El profesor católico, con este programa personalista y sobre todo con su vida cristiana, puede contribuir decisivamente a la superación de esta grave crisis de la cultura. El cristianismo tiene una importancia fundamental para la cultura, en *primer lugar*, porque implica el auténtico humanismo, el que establece la primacía del *espíritu*.

La afirmación de la trascendencia es lo único que posibilita la verdadera elevación del hombre. Se lee en el *Nuevo Catecismo*: “Acrecentar el *sentido de Dios* y el *conocimiento de sí mismo* constituye la base de todo desarrollo completo de la sociedad humana”²⁹. En este mismo párrafo, se cita un pasaje de la encíclica *Centesimus annus*, de Juan Pablo II, en el que se dice: “La primera y más importante labor se realiza en el *corazón del hombre*, y el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la *concepción que tiene de sí mismo* y de su *destino*. Es a este nivel donde tiene lugar la contribución específica y decisiva de la Iglesia en favor de la verdadera cultura”.³⁰

26. Cf. E. FORMENT, *Lecciones de Metafísica*, Madrid, Rialp, 1992, p. 352.

27. El amor es totalmente imprescindible en la educación de los casos más difíciles, por déficit intelectual, afectivo, o de cualquier tipo. Hay que educar, fomentando en estas personas actitudes acordes con su dignidad personal, por el único camino que en estos casos es posible: el del amor.

28. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Tratado de filosofía*, México, Limusa, 1995, pp. 224-225.

29. *Catecismo*, n. 2441.

30. JUAN PABLO II, Enc. *Centesimus annus*, V, 51.

El pensamiento cristiano, en *segundo lugar*, ha favorecido siempre todo lo humano, porque ha concebido a todos los seres del universo, tanto materiales como espirituales, como constitutivamente buenos. Por ello, ha considerado legítimo su uso, y además con la posibilidad de ser ordenados al bien de la persona humana, que es su finalidad intrínseca. Toda naturaleza en cuanto tal es de suyo *buen*a.

La naturaleza humana, con todas sus inclinaciones, también es de suyo buena. Aunque se reconoce, porque es un hecho de experiencia, que está afectada por el mal, es decir, esta privada de la perfección según su misma naturaleza. La naturaleza del hombre es íntegra en lo esencial, y, por ello, sus facultades actúan verdaderamente, pero, como consecuencia de esta privación, podría decirse que está debilitada. Sus facultades están desorganizadas en su funcionamiento y son más débiles de las que le corresponden por su misma naturaleza.

El hombre necesita ser perfeccionado en cuanto a su naturaleza y sobre todo más en el obrar que en el conocer. Por ello, en *tercer lugar*, el cristiano no sólo no se cierra a lo trascendente, sino que sostiene su necesidad. Afirma que para vencer definitivamente el mal, es necesaria la acción sobrenatural de la *gracia*, que normalmente se distribuye en la Iglesia.

De hecho, el intento de alcanzar la perfección humana, fuera del ámbito cristiano, es moralmente imposible. A pesar de la obtención de auténticos bienes culturales, científicos, técnicos, artísticos, sociales, y hasta morales, ninguno de ellos ha alcanzado su grado superior.

Para la realización total de su naturaleza, el hombre necesita la acción sanante de la gracia de Dios. La Encarnación ha sido conveniente en el mismo orden de la naturaleza, porque, como indica Santo Tomás. "Si se hubiese aplazado este remedio hasta el último día, hubiesen desaparecido totalmente de la tierra el conocimiento de Dios, la reverencia a El debida y la honestidad de las costumbres".³¹ Estos beneficios filosóficos y éticos accidentales se añadieron a la finalidad esencial de la Encarnación: la salvación eterna del hombre. "La encarnación es necesaria para la plena participación de la divinidad, que constituye nuestra bienaventuranza y el fin de la vida humana, y que nos es conferida por la humanidad de Cristo".³²

De ahí que el fundamento teológico más esencial del pensamiento del Aquinate sea la tesis de que: "Cristo, *en cuanto hombre*, es nuestro camino para ir a Dios".³³ La naturaleza humana individual de Cristo es la fuente de las gracias, pero, precisa que no lo es en virtud de su propio poder humano. "Cristo, en cuanto Dios, por su propia autoridad, puede comunicar la gracia o el Espíritu Santo; como hombre la comunica sólo instrumentalmente, pues su humanidad fue instrumento de su divinidad".³⁴ La humanidad de Cristo en cuanto unida a la Divinidad tiene para el hombre el carácter de fuente de todas las gracias.

31. SANTO TOMAS, *Summa Theologiae*, III, q. 1, a. 6, in c.

32. *Ibid.*, III, q. 1, a. 2, in c.

33. *Ibid.*, I, q. 2, Prol. Véase: FRANCISCO CANALS VIDAL, "Actualidad teológica de Santo Tomás", en *Verbo* (Madrid), XV /141-142 (1976), pp. 127-150, pp. 130-131.

34. SANTO TOMAS, *Summa Theologiae*, III, q. 8, a. 1, ad. 1.

En esta afirmación cristocéntrica nuclear, se fundamentan las tres tesis capitales, también señaladas por Santo Tomás, que explican las relaciones entre la naturaleza y la gracia, y, por tanto entre la cultura y la fe. Coherentemente con su cristocentrismo, no es extraño que Santo Tomás utilizase como principio capital, directivo de la síntesis filosófico-teológica, la tesis de que: "La gracia *no anula* la naturaleza, sino que la perfecciona".³⁵ La gracia no destruye la naturaleza sino que es su bien. Incluso no actúa nunca fuera de la naturaleza. de ahí la dificultad de conocerla.

La relación entre ambas es tan estrecha, que el don divino de la gracia no sólo no es opuesto a la naturaleza humana con sus bienes propios y sus imperfecciones, sino que las exige como sujeto al que perfeccionar. Por ello, de este primer principio deriva el Aquinate este otro, que permite comprender la primera función de la gracia señalada en el mismo: "La gracia *presupone* la naturaleza, al modo como una perfección presupone lo que es perfectible".³⁶ Al sanar y elevar la naturaleza, la gracia no la destruye, antes bien la supone y la perfecciona. La gracia es recibida en la naturaleza humana como una perfección lo es en el sujeto perfectible. De ahí que, lo incorpora todo y de todo se sirve. Todo es así apto para ser remediado en su deficiencia y constituirse en instrumento del bien.

También, sin embargo, es preciso tener en cuenta, que el mal no es un valor humano que asuma la gracia, sino que es como una enfermedad humana, que la misma gracia tiene que sanar. Tal como se afirma en el otro principio derivado del fundamental, aunque también se sigue del anterior: la gracia *restaura* a la naturaleza en su misma línea. Enseña Santo Tomás que en su situación actual el hombre: "Necesita del auxilio de la gracia, que cure su naturaleza".³⁷ No sólo se necesita de la gracia para que la naturaleza quede elevada en el orden sobrenatural, y pueda realizar obras meritorias que merezcan la salvación eterna, sino también para poder superar el mal, lograr una mayor perfección en cuanto naturaleza.

6. El problema de la inculturación

La crisis con la que se termina el segundo milenio tiene su origen en el orden de las ideas. Antes de empezar nuestro siglo, decía el Papa de entonces, León XIII: "Si alguno fija la consideración en la acervidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la condición de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad recibidos por el común sufragio de muchos".³⁸

El hombre cristiano es necesario para remediar los males, que hereda el próximo milenio del mundo actual. La gracia preexige y está destinada a elevar

35. *Ibid.*, I, q. 1, a. 8, ad 2

36. *Ibid.*, I, q. 2, a. 2, ad 1.

37. *Ibid.*, I-II, q. 109, a. 3, in c.

38. LEÓN XIII, Enc. *Aeterni Patris*, I.

todo lo natural, que ha sido desordenado principalmente por las ideas. Por ello, es legítimo e incluso necesario para el católico la defensa del orden natural con *medios humanos*. El cristiano puede y debe estar presente en el mundo de la cultura para restaurarla, para reconquistar sus valores en todos los campos, filosóficos, políticos, científicos, artísticos etc. La síntesis entre la fe y cultura no sólo es legítima, sino obligada.

Sin embargo, puesto que las agresiones al orden natural, han tenido lugar principalmente en el ámbito de las ideas, podría parecer que la defensa de este orden tenga que hacerse única o principalmente *confiando* en la misma cultura, incluso en la cultura cristiana. Sería *un grave error*, porque, aunque la cultura esté al servicio del hombre, no tiene un poder salvador. Por el contrario, ella misma está llamada a ser salvada.

El cristianismo es una ayuda decisiva para la cultura. Sus auxilios sobrenaturales penetran y se insertan en todos los elementos y constitutivos culturales, sin exclusión alguna, para sanarlos de sus desordenes y deficiencias, porque la cultura, al igual que su causa, el hombre, ha sufrido las heridas del mal, que le atenúan sus mismas fuerzas naturales. En la situación presente del ser humano, la cultura no puede alcanzar, en su mismo orden, la perfección definitiva. No obstante, aunque tuviese toda la perfección que le corresponde según su misma naturaleza, no podría salvar al hombre. Nada cultural, en cuanto tal, es salvador.

La Iglesia, en su misión de comunicar al hombre la salvación, que viene exclusivamente de Dios, de la obra salvífica de Cristo, y, por tanto, en su cometido de prestar el mayor servicio que se puede hacer al hombre, *asume* su cultura. Todos los bienes que hay en ella son asumidos por la Iglesia. Como se lee en el Concilio Vaticano II: "Dios, por medio de la Revelación, desde las edades más remotas hasta su plena manifestación en el Hijo Encarnado, ha hablado a su pueblo según los tipos de cultura de cada época. De igual modo, la Iglesia, que ha vivido durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias, ha *empleado* los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación a todas las gentes, para investigarlo y comprenderlo más profundamente, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la comunidad multiforme de los fieles".³⁹

Un *segundo error*, sería creer que esta asunción de la cultura por la Iglesia significase *su conversión a ella*. La Iglesia, en este sentido, no se hace cultura. La iglesia, al anunciar la "buena nueva" al mundo, no se convierte en un elemento cultural, porque nada divino se confunde con lo humano, sino que siempre lo trasciende. Por ello, se continua diciendo en este texto conciliar: "La Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de una manera exclusiva e indisoluble a ninguna raza o nación, a ningún género de vida particular, a ninguna costumbre antigua o reciente. Fiel siempre a su propia tradición, puede entrar en comunión con las diversas civilizaciones".⁴⁰

39. *Gaudium et spes*, II, 58.

40. *Ibid.* Se añade seguidamente que: "De ahí el enriquecimiento que resulta así para ella como para cada cultura".

Al igual que la naturaleza humana de Cristo, que fue asumida, pero no absorbida por la divinidad, todo lo positivo de las culturas, incluido lo propio de la fin de siglo, *no es rechazable*. En *primer lugar*, porque "Puede aportar alguna preparación para recibir el mensaje del Evangelio".⁴¹ En este sentido, la cultura tiene una función *preparatoria* para la salvación. Podría concebirse la cultura como "propedéutica" de salvación. Puede ayudar a salvarnos llevándonos en su insuficiencia hacia Dios, pero no nos salva. "Puede mantener, encendido y vivo, el afán de salvación; pero no lo puede satisfacer".⁴² Es propedéutica de salvación, porque puede estar abierta a la salvación, pero no nos salva.

En *segundo lugar*, porque lo valioso de la cultura, puede ser *asumido* por el cristiano. Con ello, lo cultural queda sanado de toda la ganga de lo imperfecto y lo negativo que le acompaña, y es elevado a la perfección superior, que proporciona la gracia. Como también se dice en este mismo documento del Vaticano II: "La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído; combate y aleja los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moralidad de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las perfecciona y las restaura en Cristo".⁴³ Seguidamente, en una nota de pie de página, se recuerdan las palabras de Pío XII, de que la Iglesia no evangeliza civilizando, sino que *civiliza evangelizando*.⁴⁴

Por último, en *tercer lugar*, debe tenerse en cuenta que lo malo de la cultura, por no ser valioso, por ser defecto y privación, *no es asumido*. Sin embargo, muchas veces se intenta desde posiciones cristianas. Como advertía, en la primera mitad del siglo, Ramón Orlandis no se trata de tomar algo de sus errores a cambio de comunicarle la verdad, pensando que un poco de mal no daña. La verdadera actitud es a la inversa, comunicar abundantes bienes hasta ahogar los males.⁴⁵ No hay que suprimir nada propio de lo humano, sino únicamente sus privaciones y defectos, que dañan e impiden ser plenamente humanos, y conducir estos bienes al fin sobrenatural.

De manera que todo lo herido o dañado, sin exclusión alguna, está llamado a ser salvado. Todas las dimensiones del ser humano son salvadas por la vida divina, que comunica la Iglesia. La gracia de Dios es la que permite que todas las dimensiones del hombre puedan ser sanadas en su mismo orden. Incluso, de esta manera, pueden estar al servicio de la salvación humana. La cultura, curada por el poder medicinal de lo sobrenatural, que excede completamente a

41. Ibid., II, 57.

42. Idem, AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, *Tratado de filosofía. Amor a la sabiduría como propedéutica de salvación*, op. cit., p.27.

43. *Gaudium et spes*, II, 58.

44. Véase: FRANCISCO CANALS VIDAL, "Comunión eclesial con Roma y solidaridad cristiana europea fruto de una evangelización benedictina de siglos", en *Cristiandad* (Barcelona), XXXIII/ 598-599 (1981), pp. 56-64, p. 64

45. Cf. RAMÓN ORLANDIS, "De la sobrenaturalidad de la vida en los Ejercicios", en *Manresa* (Madrid), 46/XII (1936), pp. 97-125, 47/XII (1936), pp. 217-218, p. 110. Véase: E. FORMENT, "El magisterio tomista del P. Orlandis. Apóstol del corazón de Jesús", en *Doctor Communis* (Città del Vaticano), 47/1 (1994), pp. 43-71 y 47/2 (1994), pp. 155-174.

lo natural, tanto lo dañado como lo sin estar afectado por el pecado, puede ser *instrumento de salvación*, que viene siempre de Dios, el único que salva.

En conclusión, ninguna cultura, por muy alto grado de perfección que haya alcanzado en el perfeccionamiento humano, está al mismo nivel que el cristianismo. El mensaje cristiano no es un elemento religioso, en el sentido de que pertenezca a una religión, ni incluso considerándolo como el más elevado y perfecto entre todos los que han dado las religiones. No es, como éstas, una expresión de la búsqueda humana de Dios.

Como se indica en el nuevo *Catecismo*: “El hombre busca a Dios (...) Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de su Creador. Conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres”.⁴⁶

El origen de esta ansia de Dios está en Dios mismo. “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar”.⁴⁷ Más adelante precisa el *Catecismo* que: “Dios es quien primero llama al hombre. Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona”.⁴⁸

Se explica, por ello, que, como indicó el Concilio: “La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces refleja un destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres”. Sin embargo, se advierte seguidamente que: “Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida (Io 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas (cf. 2 Cor 5, 18-19).⁴⁹ La Iglesia: “cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro”.⁵⁰

Tampoco se explica la procedencia de la Iglesia por la capacidad de la naturaleza humana de conocer a Dios por su razón. El hombre es naturalmente capaz del conocimiento de Dios, aunque de un modo indirecto y limitado.⁵¹ También ello queda confirmado por la cultura y más concretamente por la Filosofía, que siempre ha procurado sistematizar estos conocimientos naturales.

La Iglesia *no es un ingrediente* de la cultura. No puede considerarse como uno de los componentes de la cultura humana. La trasciende completamente.

46. *Catecismo*, n. 2566.

47. *Ibid.*, n. 27.

48. *Ibid.*, n. 2567

49. Decl. *Nostra aetate*, n. 2

50. *Gaudium et spes*, Exp. introd., 10

51. Cf. *Catecismo.*, n. 31 y ss.

Sin embargo, no se opone a ella, ni la destruye. La cultura es sujeto suyo, porque la exige para perfeccionarla. De ahí que la Iglesia *no actue sin elementos culturales*. Siempre se ha dado, por ello, esta conexión entre Iglesia y cultura, entre la fe y la cultura humana.

La Iglesia *perfecciona* a toda cultura, tanto en el orden sobrenatural como en el mismo orden cultural natural. El Concilio Vaticano II, notaba, por ello, que: “La obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres se propone también la *restauración* de todo el orden temporal. Por tanto, la misión de la Iglesia no es sólo anunciar el mensaje y la gracia de Dios, sino también *impregnar y perfeccionar* todo el orden temporal con el espíritu evangélico”.⁵²

Se puede, por todo ello, concluir, con estos textos sobre la fe y la cultura, que: “La Iglesia, cumpliendo su misión propia, por ello mismo ya contribuye a la cultura humana y la impulsa, y con su actividad, aún la litúrgica, *educa* al hombre hacia la libertad interior”.⁵³

7. La persona y la gracia de Dios

El profundo mensaje de Santo Tomás, que contiene el texto ya examinado, de que la educación, como todo lo demás, se ordena a la plenitud de vida y dicha de la persona humana, se refiere a la felicidad en este mundo. Sin embargo, también puede aplicarse a la felicidad eterna. Sobre esta finalidad extratemporal se trata en otro texto del Aquinate, que puede relacionarse con el primero.

Se halla en un pasaje en el que se cuestiona si las gracias “*gratis datas*”, que son los llamados carismas –los dones de fe, sabiduría, ciencia, lenguas, interpretación de palabras, milagros, curaciones, profecías y discernimiento de espíritus–, que tienen por objeto inmediato la utilidad espiritual del prójimo, son más dignas o perfectas que la gracia santificante o “*gratum faciens*”, que es la gracia habitual, que tiene por objeto directo la propia santificación o amistad sobrenatural con Dios del que la recibe. La respuesta de Santo Tomás es negativa, basándose en que: “Siempre el fin es mejor que las cosas que están ordenadas a ese fin”. Que se cumple claramente en la persona, que es más perfecta que todo lo demás, que está ordenado a ella, tal como se indica en el primer texto.

Aplicando este principio, responde ahora que: “La gracia santificante ordena al hombre inmediatamente a la unión con el último fin, mientras que las gracias gratis dadas le ordenan a algunas cosas que preparan para ese fin, como por la profecía y los milagros y otras cosas semejantes son inducidos los hombres a unirse con el último fin. Por lo tanto, la gracia santificante es mucho más excelente que la gracia gratis dada”.⁵⁴

Frente a esta tesis de la supremacía absoluta de la gracia santificante se podría presentar, tal como hace el mismo Santo Tomás, la siguiente objeción: “Lo que es propio de los mejores, es más digno de lo que es común a todos; como el razonar, que es propio del hombre, es más digno que el sentir, que es común a

52. Decreto *Apostolicam actuositatem*, II, 5.

53. *Gaudium et spes*, II, 58.

54. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I-II., q. 111, a. 5, in c.

todos los animales". De acuerdo con esta tesis se concluye: "La gracia santificante es común a todos los miembros de la Iglesia y la gracia gratis dada, el don propio de los miembros más dignos de la Iglesia. Luego, la gracia gratis dada es más digna que la gracia santificante".⁵⁵ Por lo mismo, por tanto, el ser persona no será lo más digno del hombre, ya que es común a todos.

El principio de la argumentación parece ser un hecho de experiencia, ya que siempre las cosas más perfectas son escasas. Así, en el universo hay menos hombres, que animales; hay menos animales que plantas; y menos plantas que seres inertes. Igualmente, en el mundo cultural, son pocos los grandes investigadores, artistas, etc. Lo más común se presenta, por consiguiente, como menos valioso y digno de estimación.

De ahí que si se aplica a la persona se convierte igualmente en una objeción sobre su supremacía frente a las cualidades de la naturaleza humana. La persona se encuentra en todos los hombres y en el mismo grado. Ser persona es lo más común. Está en cada hombre. Lo que no ocurre con cualquiera de los atributos humanos que no son poseídos por todos o si lo son, se encuentran en grados muy distintos, tal como ocurre con la sabiduría, la libertad, la capacidad comunicativa u otra característica de la esencia humana. En cuanto personas, todos los hombres son iguales en perfección y dignidad. En cuanto hombres son diversos y hay jerarquías según sus distintas cualidades y bienes propios, y siempre es manifiesto que de lo superior hay un número limitado. Lo perteneciente a la naturaleza se revela así como más perfecto que la persona.

A esta objeción basada en que *cantidad* y *perfección* se presentan en relación inversa, Santo Tomás da la siguiente respuesta: "El sentir se ordena al razonar como a su fin; por eso es más mobile el razonar. Más aquí es a la inversa, porque lo que es propio se ordena a lo común como a su fin. Luego no hay semejanza en la comparación".⁵⁶

Lo que descubre una mayor perfección no es la menor cantidad, sino el ser *fin* de otros, sean abundantes o escasos. Lo sensible se ordena a lo racional, que es menos común en los seres vivos; pero si es más perfecto la razón no es por su menor cantidad, sino porque entitativamente es una operación que brota directamente del espíritu y lo sensible es utilizado como un medio, que concurre así con el entender de manera extrínseca e indirecta. En la vida cristiana, de manera opuesta, lo menos común se ordena a lo más común, que es su fin. Lo más escaso –como los carismas, los "estados de perfección" y los "ministerios"–, por causar "algunas disposiciones"⁵⁷ para recibir la gracia santificante o por ser un instrumento de su comunicación, está ordenado "instrumentalmente" a lo que es más común, la gracia santificante, por la que toda la multitud de fieles puede alcanzar la bienaventuranza y eterna salvación. Por ello: "La santidad es vocación universal del cristiano, y no es un 'elitismo' el camino para alcanzarla (...) La perfección no es algo 'de consejo' sino 'de precepto'"⁵⁸. Para el

55. Ibid., I-II, q. 111, a. 5, ob. 3.

56. Ibid., I-II, q. 111, a. 5, ob. ad 3.

57. Ibid., I-II, q. 111, a. 5, ad 2.

58. FRANCISCO CANALS VIDAL, "La verdad en el misterio de la Navidad", en VV. AA, *Encuentros entre la Filosofía y el Arte*, Barcelona, 1986, p. 24.

cristiano sólo es fin la gracia santificante, que es así más importante que todo lo demás, aunque sea lo más común.

La comparación entre lo más común y lo menos común no es válida, porque no siempre se cumple que lo menos común es lo más perfecto. No es la escasez o la menor cantidad lo que revela una mayor perfección sobre lo abundante, sino el ser fin respecto a unos medios. De ahí que tampoco represente ninguna objeción a la afirmación de la supremacía de la persona sobre la naturaleza y todo lo referente a ella. Si todo se ordena o está al servicio de las personas humanas, si todo es un medio para que consigan la felicidad, es porque es menos perfecto que ellas. Por consiguiente, cualquiera, que cultive algún ámbito de la cultura, está al servicio de las personas, de lo que son todos los hombres, lo más común y corriente.

Aunque la persona sea como el *común denominador* de todos los hombres –que difieren en salud, biológica o psíquica, en riquezas, materiales o espirituales, poder, placer, cultura y en todas las determinaciones esenciales–, en ella está la dignidad del hombre y su mayor perfección. Lo más común, lo más ordinario, es precisamente lo más noble y perfecto. La persona, en su singularidad, es lo sumo y lo supremo.

El profesor católico en su decisiva contribución a la edificación del tercer milenio, una vez dejadas las llamadas “sendas perdidas” en el bosque del siglo XX, que han llevado a la aguda crisis cultural y humana actual, deberá seguir y mostrar a todos los demás los dos senderos de la persona y de la gracia.

La máxima dignidad para el hombre, en el orden sobrenatural, es estar en gracia de Dios, y en el orden natural, el ser persona. La recuperación del olvido de estas dos grandes verdades es el desafío con que se encuentra el profesor católico en los umbrales del siglo XXI, en el que esperamos que, con su memoria efectiva, toda la cultura humana pueda transformarse en la “civilización del amor”.

DR. EUDALDO FORMENT
Universidad de Barcelona